

## Desaparecido es un lugar

### A manera de introducción. Lo cierto.

Graciela Pérez busca a su hija Milynali, desaparecida cuando volvía de vacaciones. Busca en las rancherías de Tamaulipas. Busca y toma fotografías de cada lugar donde lo hace. En una de esas fotos hay un paisaje llano y al fondo un cerro bañado por las aguas turquesas de la huasteca.

Ahí, adentro de ese cerro, Graciela encontró pequeños agujeros en la tierra, como cuencos, rellenos de pequeños huesos calcinados.

¿Cómo mirar ahora ese paisaje?

En su libro *Retrato Involuntario* (2014), la antropóloga Marina Azahua escribe que cuando vemos una fotografía casi siempre nos fijamos en lo que hay ahí – en este caso, esa montaña, ese pastizal, esos arbustos – y pocas veces nos detenemos a pensar en la intención o el significado de haber tomado la fotografía.

Graciela tomó esa fotografía porque necesita confirmar que es real. Que esos paisajes son también, y al mismo tiempo, la tumba de personas que fueron enterradas de manera clandestina.

Que es real.

Que no es producto de su imaginación, del horror, de su desesperación por encontrar a su hija Mily.

«Si alguien me contara lo que yo he visto no lo creería, incluso para eso tengo fotos, para mirar realmente lo que es el horror, (...) Pero cuando miro las fotos, cuando veo lo que es el horror, tengo que enfrentarme y ser fuerte para lo que me encuentre, así sea lo peor», dice Graciela.

Una fosa es una herida.

Buscar heridas en el paisaje se ha convertido en una obsesión.

Van por la carretera y si ven una deformación en el terreno detienen la marcha para buscar; si van en un autobús, anotan el punto en alguna libreta para volver. Si encuentran una bolsa abandonada probablemente es que un cuerpo se descompone en su interior. Si ven un árbol quemado imaginan que, quizá bajo su sombra, un grupo de personas se reunió para quemar cuerpos en tambos llenos de diésel.

Buscar es un verbo que ha sido trastocado.

Como los paisajes.

Buscar ahora significa *no encontrar*.

Buscar es un verbo que ha sido trastocado.

Como desaparecer.

Desaparecer siempre fue para mí un acto de prestidigitadores.

Alguien desaparecía algo y luego lo volvía a aparecer.

Un acto simple.

Sara Uribe, Antígona González

### **La imposibilidad del desaparecido.**

Graciela ha recorrido más de 300 ejidos en el noreste del país buscando a su hija Mily. En una de esas búsquedas encontró un rancho y en uno de los cuartos había ropa sucia de mujer y hombre, y botellas vacías.

En la pared blanca alguien había dibujado una virgen de Guadalupe a colores y la palabra «Mamá». Graciela repasó con sus dedos los trazos y pensó en Mily, en lo mucho que le gusta dibujar y lo mucho que le gusta, precisamente, dibujar la imagen de la virgen. Los ministeriales del Estado que la acompañaron en la búsqueda tomaron fotografías para hacerles pruebas de caligrafía y responder si Mily los dibujó, si Mily estuvo ahí secuestrada. Ahí, en ese cuarto de paredes blancas y techo de lámina, con un gran agujero que suponía ser una ventana, desde donde se alcanza a ver una ceiba de tronco grueso y hojas exuberantes.

¿Qué sucede con los desaparecidos en ese espacio que para nosotros es un vacío, una incógnita, hasta que alguien, como Graciela, nos lo presenta, lo hace evidente?

A partir de los rastros que las buscadoras han encontrado en el territorio, puedo imaginar a los desaparecidos en esos caminos, en esos ranchos, en esas fosas. Pero pensar la historia de quienes esperan ser encontrados es un acto que debo hacer en presente.

Fuera de esos caminos, esos ranchos y esas fosas.

Y debo recordármelo constantemente porque el curso de su historia les pertenece a ellos, los desaparecidos, y a quienes les esperan.

No tengo el derecho a imaginarlos ahí. Bajo la tierra. En las fosas.

Sientes esa presencia extraña de que algo pasó aquí, se te eriza la piel y entras a buscar y encuentras: cinta canela, amarres, casquillos... y terminas encontrando un cuchillo, veladoras de la santa muerte, un resto... Cuando te vas topando con un montón de campamentos de secuestrados, con evidencia de que ahí estuvieron, donde dismantelan autos, ropa... te das cuenta de qué es lo que está ocurriendo... No puedes negar que pudieron haber estado por ahí, y si aparte de esto te

encuentras fosas clandestinas, restos óseos calcinados, tambos incineradores, movimientos de tierra extraños, huesos, pedazos, puedes imaginarte lo que pudo haberles ocurrido. ... Yo preferiría que mi hija no estuviera viva para que no estuviera viviendo todo lo que he visto. Preferiría encontrarla en una fosa clandestina o en una fosa común porque este terror no se lo deseo a nadie.

Graciela, mamá de Milynali

Igual hasta ellos mismos pudieron cavar la fosa en la que los pusieron, la mayoría de nosotros pensamos que ellos mismos las hacen. Haces como una película: llegas al lugar...

la persona que se los lleva camina 10, 15 metros, no camina más. (Nosotras sí caminamos buscando, unos zapatos de búsqueda nos duran 2 meses, porque andamos en el agua, en el monte en las piedras, se te desgastan las suelas).

La persona llega y hace que la persona excave su tumba y lo asesina ahí. Te digo porque están los casquillos, o sea hay mucha evidencia de que pudieron ser ahí ejecutados.

Cuando los ves con las esposas puestas, con la boca con cinta canela, con los balazos en el cráneo, los ojitos tapados, o los hemos encontrado tapados con las mismas camisas de ellos, tapada la cabeza, el último cuerpo que encontramos hace 15 días estaba... le pusieron una bolsa, una bolsa de un partido político en la cabeza.

Mirna Medina, mamá de Roberto.

¿Cómo nombrar el horror? ¿Cómo acercarnos, para intentar comprenderlo, y entonces conjurarlo, desactivarlo? Los poetas trabajan con el lenguaje y sus versos ayudan en esta tarea. Uno de esos poetas es el chileno Raúl Zurita, que ha narrado los cuerpos y paisajes que dejó la dictadura chilena. Zurita ha escrito sobre los cuerpos carnadas que fueron arrojados desde avionetas sobre el océano Pacífico, los cuerpos sepultados en el gran desierto de Atacama:

Les vaciaron los ojos, ¿sabías? Les arrancaron los ojos de las cuencas.

Por eso en estos poemas nadie ve, sólo oye.

Las flores oyen y gritan a veces al doblarse bajo el viento.

Los rostros no ven. Nadie ve.

Yacen en todas las tumbas que nuestro país les ofrece.

Raúl Zurita, INRI

### **La imposibilidad del registro.**

México tiene una superficie de casi dos millones de kilómetros cuadrados; es el decimotercer país más extenso del mundo y el tercero más grande de América Latina. Su relieve es accidentado y es recorrido por las sierras Madre Occidental y Oriental, que son una prolongación de las Montañas Rocosas. Su parte norte es árida y desértica. Al sur tiene

serranías fértiles y numerosos valles de tierra fría o templada propicias para la agricultura. Su territorio está dividido en 32 entidades federativas.

Aguascalientes.

Mediante un cateo llevado a cabo en una finca abandonada, agentes ministeriales localizaron un cadáver enterrado de manera clandestina. Meses antes, en ese lugar se había encontrado otro cadáver en el patio trasero a una profundidad de poco más de un metro.

Baja California.

Autoridades encontraron lo que podrían ser más de un centenar de cadáveres disueltos en ácido en un predio localizado en las afueras de Tijuana. Las excavaciones en busca de huesos y dientes continúan, ya que estos tienden a colocarse en el fondo de los puntos excavados. No se han encontrado cuerpos completos.

Baja California sur.

Autoridades confirmaron el hallazgo de ocho cadáveres en un predio de San José del Cabo, en el camino a Cabo Pulmo. Cabo Pulmo es un parque nacional donde se encuentra el arrecife de coral más grande del Golfo y quizá el más antiguo del Pacífico americano.

Campeche.

En el kilómetro 15+400

de la carretera federal 180, se encontró una fosa con dos cadáveres dentro de una bolsa de plástico negra, que despedían olores fétidos.

Chiapas.

Se recuperaron de una fosa clandestina los restos de dos personas masculinas en completo estado de descomposición. La fosa fue ubicada al sur de la zona arqueológica de Palenque, a pocos metros de una obra en construcción y cerca de un canal de aguas negras.

Chihuahua.

En una bodega abandonada a la que se llega por una brecha de la carretera, se encontró una fosa con seis cuerpos con impactos de bala. La bodega se localiza en medio de un paraje casi desértico, con algunos matorrales.

Ciudad de México.

En los canales de Xochimilco se han encontrado cuerpos de mujeres, niños, estudiantes y hombres. En 2018, se encontró el cuerpo de una mujer a quien le amarraron dos bloques de cemento para que se hundiera. Posteriormente, otro cuerpo de una mujer se encontró flotando en los canales de Caltongo.

Coahuila.

Un pastor del ejido Presa de los Muchachos encontró una fosa clandestina con tres cuerpos de mujeres. El hallazgo se hizo cuando su perro excavó y extrajo el brazo de una de las mujeres. El pastor, cuyo nombre no se dio a conocer, avisó a las autoridades. Antes de enterrarlas, los victimarios les quitaron la ropa e intentaron calcinarlas.

Colima.

Cinco cuerpos, entre ellos el de una menor de edad, fueron encontrados en una fosa clandestina en un paraje desolado. El mandatario informó que, a diferencia de las fosas encontradas en Santa Rosa, donde había cuerpos con más de cinco años de antigüedad, en estas fosas se trata de restos recientemente enterrados.

#### Durango

En medio de un fraccionamiento habitacional, llamado Las Fuentes, fueron encontrados 26 cadáveres en una fosa clandestina. En el mismo sitio diez días antes, se encontraron otras cuatro osamentas. Las autoridades exhumaron los cadáveres con maquinaria pesada, dejándolos en pedazos e irreconocibles.

#### Estado de México.

Autoridades recibieron una llamada anónima que refería que unas personas estaban enterrando restos humanos. Las autoridades acudieron al lugar, un predio baldío con algunas construcciones de lámina abandonadas, y encontraron los restos humanos de tres hombres dentro de una fosa clandestina.

#### Guanajuato.

Una fosa clandestina fue descubierta por campesinos en la colonia Nueva Esperanza. El hallazgo se registró minutos después del atardecer, mientras cuatro trabajadores araban el surco y observaron los restos semienterrados de tres personas.

#### Guerrero.

Seis cuerpos fueron encontrados en cinco fosas clandestinas en el puerto de Acapulco, en el fraccionamiento Costa Dorada. El lugar está a unos 60 metros del conjunto habitacional, en medio de una espesa vegetación de palmeras y árboles de almendro. Los cuerpos tenían huellas de tortura y se calcula que fueron enterrados tres meses atrás.

#### Hidalgo.

Siete cuerpos con cinta canela en sus cabezas fueron encontrados en dos tiros (o respiradores) de una mina ubicados en los municipios de Pachuca y Mineral del Chico. Los tiros son los orificios como túneles hechos para ingresar a la mina.

#### Jalisco.

En una semana de trabajo, se han exhumado 30 cuerpos de 17 fosas clandestinas en el poblado La Barca. Las fosas se localizan en un paraje despoblado y la búsqueda seguirá los próximos días en el lecho del Río Lerma. Algunos cuerpos están mutilados.

#### Michoacán.

En el cerro El Tecolote fueron encontrados en dos fosas clandestinas los restos de cinco mujeres y tres hombres. Uno de los cadáveres tenía un tatuaje con la palabra «Guerrero». Dentro de las fosas había prendas de vestir.

#### Morelos

Dentro del mercado Morelos, en un poblado llamado Amozoc, fue encontrada una fosa clandestina. La fosa estaba ubicada cerca del área de la venta de flores. Soldados hicieron un operativo y encontraron partes de dos piernas humanas y una retroexcavadora, que se presume se usó para cavar la tumba.

#### Nayarit.

Cerca del aeropuerto de Tepic se encontró una fosa clandestina de donde se han exhumado 21 cuerpos, informaron las autoridades. Este entierro sería el de mayor número de cuerpos encontrados hasta este momento en el estado.

Nuevo León.

En el ejido Las Abejas fueron encontrados miles de restos óseos calcinados, en una fosa dentro de un ejido bardeado con alambre de púas.

Oaxaca.

Siete cadáveres fueron encontrados en una fosa clandestina en un camino de terrecería. Los agentes ministeriales acudieron al lugar luego de que un vecino denunciara que en un predio cercano salían olores putrefactos. Los cuerpos fueron sepultados a cuatro metros de profundidad y amordazados con cinta canela.

Puebla.

Al menos diez tambos con 12 cadáveres mutilados y disueltos en ácido fueron localizados en terrenos de cultivo en San Andrés Calpan. Los tambos se encontraron en medio de las parcelas.

Querétaro.

Sin registro.

Quintana Roo.

Autoridades del estado encontraron un cenote que fue utilizado como narcofosa. De su interior fueron extraídos tres cuerpos, aunque se cree que en el fondo acuático podría haber más restos.

San Luis Potosí.

Tamasopo, el paradisiaco municipio que alberga bellezas naturales como la cascada y poza Puente de Dios, pasó de ser un paraíso a una fosa clandestina en la que al momento han localizado 5 osamentas humanas. La búsqueda de restos continúa y esperan encontrar a 15 personas reportadas como desaparecidas en la región.

Sinaloa.

En un pantano, en el municipio de Mazatlán, fue encontrada una fosa clandestina de la que brotaba lodo y sangre. Autoridades sacaron 41 cuerpos de ese pantano en 71 días de trabajo.

Sonora.

Familiares de personas desaparecidas y autoridades desenterraron los restos de 42 personas de una fosa clandestina ubicada en el desierto de Puerto Peñasco, Sonora.

Tabasco.

Un labriego encontró el cuerpo semienterrado de un niño. El hombre se dirigía a su casa luego de trabajar la parcela cuando se percató que en la tierra, a 100 metros de su casa, sobresalía algo extraño. Fue cuando desenterró y descubrió el cuerpo de un niño envuelto en una colcha ensangrentada. Enseguida dio parte a las autoridades.

Tamaulipas.

Una gran concentración de fosas clandestinas fue encontrada en el municipio de San Fernando, en el mismo lugar donde un año atrás marinos y militares encontraron 72

cadáveres de migrantes, dentro de una bodega. Hasta el momento las autoridades han recuperado 120 cuerpos de los entierros.

Tlaxcala.

Las autoridades reportaron que entre 2006 y 2016 encontraron 3 fosas de donde se recuperaron tres cuerpos en dos municipios. Las tres fosas fueron descubiertas en 2016. Dos de los cuerpos han sido identificados.

Veracruz.

Una fosa clandestina fue encontrada en medio de una isla, dentro de la laguna de Pueblo Viejo. Los cuerpos estaban sepultados en la zona de manglar y alrededor había desechos de pescados. La isla es usada por pescadores que hacen base ahí para limpiar pescado y camarón.

Yucatán.

Las autoridades ministeriales hallaron una fosa clandestina en el interior de una cueva en montes de Tekax en la cual encontraron las osamentas de dos mujeres.

Zacatecas.

Una fosa clandestina con 14 cuerpos fue localizada en una zona montañosa del municipio de Valparaíso. Los cuerpos corresponden a once hombres y tres mujeres. En algunos casos, los cuerpos están descuartizados, algunos maniatados y otros son cuerpos recientes.

Desde el año 2006 al 2019 se han encontrado 3 631 fosas clandestinas en México, según el registro gubernamental dado a conocer a inicios del 2020. En el último año, se han exhumado los cuerpos de 1 124 personas. Cada ocho horas un cuerpo es recuperado de los entierros clandestinos.

«Somos un país que se ofrece como tumba», pienso después de repasar este registro: en cada uno de los territorios políticos de este país se han encontrado entierros clandestinos de personas. Este registro hemerográfico, realizado con la urgencia del día, con la urgencia de denunciar, de decir lo que sucedió, es un intento de dimensionar ese horror. Pero no alcanza. Este es un registro nauseabundo, insuficiente. Insostenible.

### **La posibilidad de habitar**

Cuando las familias de los desaparecidos caminan un territorio en busca de fosas clandestinas, lo activan. Las historias de esos territorios, conservadas en la tierra, en los árboles, en los animales y el aire despierta para decirles: aquí. «Los paisajes también conservan lo que sucede en su extensión», escribió Javier Peñalosa en su poema *Los que regresan*. La tierra guarda cuerpos. Las piedras guardan el fuego, guardan el aire y el agua que las pule.

A diferencia de un registro que cuantifica, los familiares hacen un registro que despierta un territorio, despierta sus caminos y su memoria.

El país es un campo de cultivo

«Es un planito con árboles, rodeado de cultivos de caña, maíz, flores. Llegas en vehículo y luego caminas es un camino normal, empedrado, subes por la vereda y luego, luego llegabas al planito, al Porvenir.»

Aracely Salcedo.

Los mapas nos llegan por chat, por mensaje, por teléfono. Me ven en la calle y me dan un papelito. Buscamos fosas a través de mensajes anónimos que nos hace llegar la misma sociedad. Los primeros mensajes que nos llegaron nos llevaron a San Rafael Calería. Ahí encontramos una fosa; el Fiscal dijo que eran trapos y maderas quemadas, pero no eran maderas, nosotros habíamos tenido los huesos quemados en nuestras manos. Son frágiles esos huesos, ya los tocó la lluvia, el viento, el fuego.

El segundo anónimo nos llevó a El Porvenir, ahí encontramos cinco fosas, mucho pedacito, huesos de costilla, de brazo. Me acuerdo de un hueso, estaba fragmentado y era un color ya de un hueso de mucho tiempo, de mucho tiempo. Pero al momento que lo traes, que lo tienes en tus manos, tu cuerpo siente un escalofrío, una impotencia, una rabia y lo primero que piensas es «que no sea mi familiar».

Después vinieron otros lugares. Encontramos hasta en la propiedad privada de un excalcalde.

Me acuerdo mucho de cuando llegamos a la primera fosa, en abril del 2016. Llegamos en camioneta y luego subimos por una vereda, subías subías y luego llegabas a un planito. Nos dijeron que la fosa fue trabajada en dos tiempos, que había restos que tenían mucho tiempo, luego fue reabierto y se trabajó en una segunda etapa. Aquí calcinaban dentro de la fosa, hemos escuchado que en otros lugares usan tambos, pero aquí no. Había llaves, identificaciones muy quemadas, restos de teléfono celular quemados. Ellos operan a través de diesel.

Hay puntos que nos dan los campesinos. Uno dijo que en la tarde mientras trabajaban la tierra de cultivo vieron los restos. Eso nos hace pensar que la gente sabe. A veces omiten hablar por miedo de que les pase algo a sus familias. Para la gente es más fácil callar que darlo a conocer.

Hay otros puntos que nos los da el olor a muerte, el olor fétido. Tan solo el olor te deja ver que más allá de tu imagiación, ahí algo pasa.

Para llegar ahí son caminos de terracería, algunos son veredas, en otros caben hasta camionetas. Sigues las huellas de las pisadas o del caballo o de llantas, ahí junto al maizal o al cañaveral, a veces grandes y verdes por las lluvias, a veces secos.

En un artículo unos reporteros de Suiza comparaban este lugar con Afganistán, decían que aquí pasaban cosas como en la guerra, que esos cuerpos tirados...

Esto es peor que la guerra...



Yo creo que las personas ya eran transportadas sin vida; a veces pensamos que también las hicieron caminar vivas hasta ahí porque hemos visto casquillos en las fosas. ¿Qué vendrían pensando mientras llegaban a este lugar? Hay muchas hipótesis.

Cuando te paras en esos lugares donde da positivo (el hallazgo de un cuerpo), sientes el frío de los pies a la cabeza, la piel se te enchina por coraje, por impotencia, por imaginar el horror de lo que pasó ahí. El aroma del miedo, la lluvia se confunde con tus lágrimas cuando encuentras un lugar.

Mi memoria se quedó ahí.

Araceli Salcedo, mamá de Rubí. Busca en Orizaba, Veracruz.

El país es un río, un hilito de agua.

«Son lugares que tienen agua, siempre tienen agua. Un río, un canalito. Agua verde como turquesa, de esa que baja de la sierra ya filtrada. A veces son ríos que van y vienen con las lluvias y así es cuando encontramos los huesitos».

Graciela Pérez

Al principio yo iba en la carretera y esperaba que nuestros desaparecidos se me aparecieran saliendo del monte, tratando de encontrar una salida. Cuando buscas, lo que buscas es a dónde meten a los secuestrados, campamentos, lugares donde pudieran estar, hacia ahí vas esperando encontrarlos amarrados.

Todos los campamentos tienen camino y tienen entrada y salida, salida de emergencia. Todos tienen señal de teléfono, no hemos encontrado uno que esté incomunicado.

Hay un área que parece haber sido un lugar de entrenamiento, por los casquillos que encuentras. O de ejecuciones. Pero no encuentras sangre, aunque pudiera ser por la lluvia, que borra la sangre.

Hay otro lugar donde pareciera que ahí dejan a los secuestrados porque es una habitación, en algunos casos. Y por la ropa que hay, cientos de maletas, de ropa de hombres, mujeres, de niños, de jovencitas.

Tienen camas, son tablas de triplay, ahí las tiran, ahí hay mucho mezquite, «huizache» le llaman, y en medio están los echaderos, así les llaman a los lugares donde *ellos* duermen. Hay otros campamentos donde hay casas.

La mayoría están muy cercanos. Por ejemplo, uno que está a 10 minutos y alrededor de ese monte, alrededor está súper limpio, hay ranchos muy bonitos, arreglados, sembrados, prósperos y en medio está eso.

Y casi la gran mayoría tiene un río.

O un bracito de agua.

El agua es como los animales, todos tienen que tener agua. Incluso *ellos*, si no, se mueren.

Graciela Pérez, mamá de Milynali. Busca en Mante, Tamaulipas.

El país es un desierto.

«Ahí no hay nada, no hay nada. Apenas matorrales que crecen como arañas hacia el cielo, un árbol por ahí, otro por allá. 13 tambos de 200 litros oxidados, baleados, trizas de ropa, ramas que se confunden con huesos, huesos que parecen de humano».

Silvia Ortiz.

Ahí se te pierde la mirada, no alcanzas a ver el final. No hay árboles que den sombra, solo algunos matorrales que pocas veces alcanzan los dos metros de altura. No hay ruidos, no hay casas, nomás polvo y silencio.

A nuestra hija la buscamos muchos años viva, hasta que vimos que a las personas las enterraban en el campo, en el cerro.

Dicen que por allá había muchas personas y se oían los gritos y los chiveros se escondían. Fuimos, vimos a un chivero, le hablamos. «No nos interesan los malos, jefe, no queremos saber de ellos, nos interesa buscar a nuestro familiar, échenos una mano, la verdad, usted no sabe el dolor que se siente». «Mire jefa», nos dijo, «váyase por el canal, búsqúenle por ahí, pero no digan que yo le dije». Era un chivero como de nuestra edad, 50 y tantos. Y ahí empezamos.

A Patrocinio llegamos en el 2015 por el chivero.

Es un lugar tan apartado, tan lejano... yo me las imagino así gritando y que nadie las escuchaba. Los ¡ay, ay!, los lamentos y el crujir de dientes estuvieron en ese lugar. ¿Quién los escuchó? ¿Quién les podía dar un auxilio? Ahí terminaron.

Aquí, en esta libreta, escribimos los lugares que encontramos y cómo vamos a empezar a buscar. Por que es tan grande, tan grande que ¿cómo empiezas? El mundo es muy grande cuando buscas a tus desaparecidos.

Hemos encontrado miles, miles de fragmentos óseos. «Un cuerpo humano tiene 206 huesos». ¿Te imaginas cuántas personas pueden ser? La Procuraduría General de la República prefiere cuantificarlo en peso porque el peso es siempre el mismo, no cambia si se rompen los huesitos.

Hemos llegado al punto de eso de que «vivos se los llevaron, vivos los queremos»... ahora no. Ahora no, porque ¿sabes qué? Se les ha metido a muchas personas en la cabeza, a muchas personas, a demasiadas, que los van a recuperar vivos y no aceptan que estamos haciéndole un daño a los colectivos, a las madres al decir eso. Yo sé que es un eslogan, pero lo están adoptando como real, como tal... Yo no me atrevo a decir «vivos se los llevaron, vivos los queremos» porque es una falsa esperanza que se les van a dar a algunas madres de familia.

No niego que unos estén vivos, pero en todo el país están encontrando cuerpos, en todo el país.

Silvia Ortiz, mamá de Fanny. Busca en Torreón, Coahuila.

### El país es un cerro verde.

«Los cerros son verdes y hermosos. Están cubiertos de árboles y plantaciones de maíz que hacen música cuando sopla el viento. Bajo un cielo azul radiante todo es maravilloso».

Paula Mónaco, *Horas eternas*

En el 2012 fue el secuestro de mi hermano. Mi hermana Mayra lo empezó a buscar en las notas rojas, cada vez que había un muerto, se metía en la computadora a buscar las características de los cuerpos. Nunca encontró algo que se relacionara con él.

Cuando pasó tiempo mi mamá me dijo, «hijo, dicen que a las gentes las matan y las entierran en el campo. ¿Por qué no vas a buscar?». Yo no sabía cómo. Cuando salíamos a los pueblos a pegar las fotos, iba viendo los cerros por la ventanilla. Son grandísimos los cerros.

Cuando empezamos a excavar fosas, fuimos a subir al cerro hacia el paraje de La Laguna. En el camino nos encontramos a una persona, era un campesino. Nos dijo que hacía tiempo que en ese lugar olía muy feo, «yo tengo mis animalitos y pensé que se me había muerto uno», nos dijo, «pero los conté y no, no era mi animalito».

Entonces nos pusimos a buscar ondas, borditos en el terreno. Olía horribilísimo, estacionamos los carros y nos bajamos a buscar, escarbamos como locos con una ansiedad tremenda. Enterramos la varilla, sentimos el olor. Esos cuerpos fueron quemados con leña, yo hago mi imaginación y creo que hicieron el hoyo, aventaron los cuerpos con leña, me imagino que con el fuego la grasa escurrió y la madera se impregnó de esa grasa. Lo primero que encontramos fue el olor, la madera impregnada.

Luego volvimos, en la época de lluvias, y ahí estábamos en el paraje de La Laguna, fue el primer predio que buscamos. Empezamos a excavar y salieron los huesos. Lo primero que descubrimos fue el fémur, era un hueso largo. Nosotros como varones nos quebramos.

Como que los huesos germinaban de la tierra con la lluvia, recuperamos de 18 a 21 cuerpos.

Sabíamos que íbamos a buscar gente enterrada, pero no sabíamos que íbamos a encontrar gente enterrada.

El campo es hermoso. A mí me gusta mucha caminar, me gusta el campo, me gustan los animalitos, las flores. Pienso que los cuerpos están más cobijados ahí en la tierra, más que en un refrigerador, porque hay familias que han esperado hasta un año en recibir su cuerpo que encontramos en las fosas.

Mario Vergara busca a su hermano Tomy en Huitzuc, Guerrero.

El país es una noche de lluvia.

Empecé buscándolo por las orillas de los caminos, por casas abandonadas, por ranchos solos. Empecé sola, pero luego de poner una nota en las redes sociales, vi que había mucha gente con desaparecidos.

La primer búsqueda fue un sábado, en el pueblo donde vivíamos antes. Estaba lloviendo mucho y la lluvia hizo que la tierra se hundiera y de la tierra brotó una rodilla. Así encontramos una primera fosa en la que había dos cuerpos. Seguimos buscando y encontramos otros dos cuerpos.

No eran osamentas, eran cuerpos que estaban en descomposición, porque el lugar donde estaban sepultados mantuvo a los cuerpos.

Era un monte justo detrás de un panteón, ahí en ese pueblo, una parcela que nunca se utilizó para siembra. Un lugar que se prestaba porque había árboles que cubrían el lugar y aparte el terreno era muy blando, un terreno práctico para excavar y poder sepultar, porque para hacer una fosa se requiere trabajo; no es fácil cavar un hoyo.

Ese día no nos dejaron trabajar por la lluvia. «Hasta otro día en la mañana», dijeron las autoridades. Nosotros nos quedamos ahí, nos quedamos esperando, no nos queríamos ir. Pensábamos que podía llegar alguien y los podía sacar y llevarse los cuerpos y nos quedamos ahí toda la noche. Y toda la noche también se quedó la lluvia.

Hasta el otro día.

Las autoridades llegaron y pusieron un cordón. Yo no recuerdo si escuchaba, si veía. A mí nada más me quedó grabada esa rodilla que salía de esa fosa.

Porque cuando estás en una fosa pierdes la noción del tiempo, no escuchas, no ves. Nos convertimos en otro, nos transformamos. Muchas veces puedes pensar que te

acostumbras, pero la verdad es que no te acostumbras, no puedes. Porque cuando encuentras, sientes que ese cuerpo ya no va a estar sufriendo ahí.

Nos han salido cuerpos con una carga negativa que nos ha dañado, nos ha pegado, nos ha dado dolor de huesos, dolor de cabeza, como si nos hubieran pasado con un tráiler por encima del cuerpo; entonces no encontramos nada en ese lugar y hacemos la promesa de regresar. Porque estamos seguras que ahí hay cuerpos.

Alguna vez fuimos a una búsqueda y un señor dejó de buscar porque se encontró un nido con víboras, ¡valen 100 pesos cada una! Se le olvidó que iba con nosotras y se quedó con las víboras, sí.

Hemos pasado por experiencias de todo tipo, unas muy tristes, por como encontramos a los cuerpos, otras tan bonitas. De repente lloras, de repente peleas, de repente cantamos.

Mirna Medina, mamá de Roberto. Lo buscó y lo encontró en El Fuerte, Sinaloa.

### El país es un basurero.

Un basurero donde se arrojaban cuerpos con la intención de desintegrarlos por la humedad constante de los escurrimientos. Dientes. Huesos mezclados de cuerpos. Humanos que fueron ahí arrojados. Y animales. Ropa, zapatos, botellas, envolturas de comida de hamburguesas, de comida rápida, había agua, botas, casquillos. Un lugar convertido en un espacio especializado para tratar los cuerpos, para deshacerse de ellos, no solo descuartizarlos sino acelerar la descomposición de esas piezas pequeñas.

Alejandro, arqueólogo.

### El país es un mar.

El pescador nos dijo que encontró el cuerpo flotando cerca del muelle. Primero uno, luego otro. No es común ver cuerpos flotando en el mar, él pensó que era un pedazo de tronco, de esos que usan las garzas para pararse a descansar. Pero no era un tronco, era un hombre, el cuerpo de un hombre.

Marité Valadez. Busca a su hermano Fernando en Guaymas, Sonora.

## **Cuidar el cuerpo, cuidar la tierra**

La tierra no es solo un contenedor de los cuerpos. Cuerpo y tierra crean una relación que implica el nutrirse y el cuidarse. Cuando un cuerpo es sepultado ahí, en su descomposición nutre a la tierra, y la tierra, a su vez, guarda ese cuerpo hasta ser encontrado.

### Un árbol como testigo

Fuimos al desierto a buscar, la primera y segunda vez no encontramos. Buscamos y buscamos y buscamos. Me imaginaba como un animal buscando a su cachorro, hurgábamos en la tierra con las uñas, no encontrábamos nada. Hasta la tercera, la tercera encontramos a una chica entera, pero una parte de su cuerpo ya estaba comido por los pájaros. Creemos que eran los pájaros porque si fueran animales salvajes ya se la habrían comido toda, pero fueron los pájaros.

Los pájaros empiezan por los ojos, los labios, la lengua. Los pájaros primero se comen el cráneo. Esa impresión fue muy fuerte, la encontramos un 14 de febrero, el día que celebramos el amor y la amistad. Luego supimos que ella llevaba un mes desaparecida, que era de un rancho de por ahí.

Poco a poco me han ido dando testimonios de lo que pasaba en este desierto. Traían camionetas con la gente, las metían en tambos, las quemaban... La ropa quedaba esparcida por el desierto y los zapatos quedaban deformados por el sol.

Cuando ando en el desierto me paro y me da mucha tristeza, me paro a ver y me pregunto ¿Por qué? ¿Cómo se les ocurrió hacer tanta barbaridad en esta tierra tan bonita? ¿Y fueron testigos quién? ¿El sol? ¿El puro cielo? ¿Quién fue testigo? ¿Nada más el airecito? ¿Los pajaritos que se escuchan fueron testigos de todo esto?

¿Quién no me dice que mi hija esta aquí entre estos huesos? Cuando estamos aquí en el desierto y terminamos de buscar, me siento debajo de un mesquite, de un huache, a llorar. Le digo «tú fuiste testigo de quienes estuvieron aquí, tú viste a quién mataron, ¡dime!». Quiero hacer que hablen. Yo quisiera que los árboles hablaran, hasta los abrazo y los estrujo y les digo «ustedes saben quiénes son, ustedes saben quiénes estuvieron aquí sufriendo».

Lucy López Castruita, mamá de Irma, desaparecida en Torreón, Coahuila.

### Una raíz abraza a un cuerpo

Desde el momento que vas subiendo la vereda es imaginarte cómo fue que los llevaron a esos lugares y cuando empiezas a escarbar te vas dando una idea de cómo es que lo ejecutan, cómo es que cae, te puedes imaginar detalles sin fin.

Eso es parte de ser buscadores. Imaginarte. Por muy doloroso que sea para nosotros, imaginarte con todo el dolor cómo es que fue su muerte. Cómo los subieron... En el momento en que estoy frente a la fosa me clavo a imaginarme ¿cómo lo hicieron? En el momento que veo el campo y los árboles, piedras, las características, me ayuda mucho el imaginarme: a ver, llegaron, si yo fuera ellos llegaría por aquí, aquí hay sombra... eso me ayuda mucho para discriminar el área, pero no puedes seguirte imaginando a ese grado porque te dañas, te dañas mas.

Cada cuerpo lo encontramos diferente, cada fosa tiene su particularidad, pero en esta sí me sorprendió, el cuerpo estaba envuelto en raíces. El maestro Simón (buscador de Guerrero) dice que somos abono para la tierra. Y la tierra adoptó al cuerpo. Yo sentía que la tierra se aferraba al cuerpo porque no nos dejaba sacar el cuerpo, no nos dejaba. Les costó mucho trabajo (a los antropólogos forenses) sacar al cuerpo. Fue como si la tierra lo estuviera abrazando con sus raíces.

En mi mente yo decía 'ya déjate sacar, tu familia te busca, dales el chance de tener la tranquilidad. Nos está costando mucho trabajo de sacarte, échanos la mano'. Yo siento que siempre eso ayuda.

Yadira: Sueño el día que y no tengamos que existir los buscadores, los colectivos, las dependencias porque ya no hay desaparecidos.

Karla Guerrero, busca a su esposo Herón, desaparecido en Veracruz.

### Manos que cuidan la tierra

En mi casa tengo a mi hermano desaparecido. Éramos dos hermanos. Si yo tenía un problema, él me ayudaba. Él siempre me decía: «estás bien loca»; era su forma de decirme que no me cansaba, que no me rendía.

Empezamos nosotros de cero, no sabíamos remotamente nada de una búsqueda. Yo me consideraba como que ya no podía aprender. Me casé y como que te enfocas tanto a un hogar para ser la buena esposa o buena mamá, que te olvidas un poco que tú puedes seguir estudiando. No te voy a decir que sigo estudiando una carrera, no, pero estudio libros que son de antropología, cadenas de custodia, cosas de esas, porque se volvieron parte de mi vida cotidiana.

Las primeras búsquedas no fueron tan difíciles porque estoy dispuesta a andar en el monte, con el cansancio. Vengo de familia de campo, que siempre ha subido cerros, de todo eso. Me gusta mucho subir a un cerro, disfruto ese olor a hierbas, me remonta a mi niñez. Mis compañeros sufren mucho, pero a mí me encanta. A mí me gusta el cerro, encuentro chuzos, esas flechas de los antiguos indígenas, porque desde niña mis familiares me enseñaron a identificarlos.

Cuando nosotros llegamos al desierto los árboles más grandes eran unos mezquites de unos cincuenta centímetros, no había dónde resguardarse y había muy poca vegetación.

Como en las películas del viejo oeste, como el viento que mueve las plantas rodadoras, con esa soledad, ese frío que se siente o se ve en esa película, así es más o menos Patrocinio.

Patrocinio ha cambiado mucho en las últimas veces que hemos ido. Ya empieza a haber árboles más crecidos, vegetación que en el momento estaba destruida. Yo creo que esto pasó porque cuando estaban los grupos criminales que secuestraban personas, usaban sustancias como gasolina y diésel para quemar los cuerpos y esas sustancias se quedaban en la tierra, eso mismo hizo que el subsuelo resintiera un poco todo, se dañara. Y desde que llegamos nosotras a buscar la delincuencia ya no viene y los campesinos, los pastores que antes venían aquí ya pudieron regresar a pastar con sus animalitos y a trabajar la tierra.

También con el tiempo, el subsuelo va sanando y nosotros al sacar todo lo que no pertenece ahí, brota lo que una vez fue. Vuelve a florecer.

Rocío Hernández Romero, busca a su hermano Felipe desaparecido en Coahuila.

## El cuerpo entre los brazos

Cargar un hueso es como cargar a un bebé recién nacido, por delicado... pedacitos que no sabes si son parte de alguien a quien tú buscas. Un bebé recién nacido que no sabes quién es, así, estos huesitos aún pueden tener un ADN, te pueden dar identidad para saber quién es... tan frágil, tan frágil, que lo único que puedes hacer es agarrarlo con delicadeza, para ser identificado y que tenga nombre. Porque un bebé igual, no tiene identidad, se va creando con lo que tú le vas mostrando. Un bebé es vida y conforme la vida va creando su identidad propia.

Graciela Pérez, mamá de Milynali.

Nos han enseñado a leer *La Ilíada* como una obra sobre la guerra. Pero hay otra historia que nos cuenta Homero. La historia del cuerpo y la importancia de cuidarlo, de tenerlo, de sepultarlo. A lo largo de la obra, el cuerpo aparece en disputa para ser honrado. Alessandro Baricco, en su versión *Homero, Ilíada* (2004), retoma una de las batallas más feroces que ahí se describen es la que dan los aqueos por recuperar el cuerpo de Patroclo, el gran amado de Aquiles:

«Era una lucha tremenda, una horrorosa contienda. Fatiga y sudor ensuciaban piernas y rodillas y pies y manos y ojos de cuantos se enfrentaban en torno a aquel cadáver. Por todas partes los guerreros asían el cuerpo de Patroclo y tiraban de él».

Y uno de los diálogos más emblemáticos de la obra es el que Héctor le dice a Aquiles antes de matarlo, su última plegaria antes de matarlo:

«Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas, por tus padres: no permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas, acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi venerada madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo entreguen al fuego».

Y a la distancia, Hécuba, la madre de Héctor, clamaba:

«El destino te ha hecho morir lejos de mí, y para mí este será el dolor más grande para siempre, porque tus últimas palabras no han sido para mí: las habría aferrado y las habría recordado durante toda mi vida, cada día y cada noche de mi vida».

¿Qué es el cuerpo entre los brazos? ¿Qué se gesta cuando acunamos el cuerpo de un hijo?  
El cuerpo de un esposo,  
de un hermano,  
de un padre,



de una hija,  
de una amiga.

¿Qué elegimos cuando ya sin vida y, sin embargo, ese cuerpo entre los brazos?

Nicola Grosa fue un partisano que, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, volvió a los montes y a las colinas que fueron campos de batalla a recuperar los cadáveres de sus compañeros. Durante 10 años caminó por cementerios, tumbas abandonadas, túmulos improvisados... muchos de ellos emplazados en lo alto de las montañas, donde solo se podía llegar a pie o en mula. Excavó y sepultó los cuerpos. Trabajó sin protegerse las manos. Al final, perdió el tacto en ellas. Grosa recuperó 2 000 cuerpos, que ahora reposan en el *Campo della Gloria*, en el cementerio de Turín.

La vida de Grosa y también la de Mizushima, el personaje de la película *El arpa birmana* de Kon Ichikawa. Mizushima fue un soldado japonés encargado de tocar el arpa para levantar los ánimos de sus compañeros en el ejército. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, su batallón quedó prisionero en Birmania y el sueño más anhelado de todos era volver a casa. Pero Mizushima tenía otro anhelo. Él quería volver al campo de batalla a sepultar a sus compañeros caídos en combate. Su deseo nació cuando encontró una fosa abierta, gigante, y dentro de ella cientos de cadáveres expuestos a las aves de rapiña. Él intentó arrancarlos de sus garras y hacer una pira gigante para incinerar sus restos. Mizushima volvió a los campos de batalla, a las montañas, a las riberas del río y con sus manos y un palo rascó la tierra para sepultar cuerpo por cuerpo. Poco a poco, quienes lo encontraban en su camino, quienes le veían cavando tumbas o incinerando cuerpos, se le sumaban en esa dolorosa tarea: hombres y mujeres, niños.

Mizushima decidió no volver a Japón hasta terminar de enterrar a sus compañeros:

Sé que no puedo volver a casa mientras que los cuerpos de nuestros soldados permanezcan insepultos aquí. Me quedaré aquí para reconstruir el camino de la guerra, deseo llevarlo a cabo hasta el final. He superado montañas y cruzado ríos, vi cómo la guerra nos había devorado con su rugido. Ningún pensamiento humano puede dar respuesta a una pregunta inhumana. Cuando vi los muertos yacer sin sepultura, presas de los buitres, de la falta de memoria y de la indiferencia, decidí permanecer aquí porque estas almas merecen una memoria de amor.

Quizá cuando acabe mi tarea pueda volver.

Quizá no vuelva nunca.

La tierra no basta para cubrir a un muerto.

«Nos da mucho gusto cuando encontramos, cuando vemos que puede haber un cuerpo, nos da mucha alegría, mucha alegría... pero conforme vamos abriendo la fosa, cuando vamos encontrando el cuerpo, es ahí cuando se nos termina la fuerza, se nos termina la alegría porque ver de la manera en la que están... unos tienen las manos esposadas, las manos atadas con cables, con mecate, una niña de 16 años atada envuelta en una cobija, envuelta en una lona y la lona atada con cables, traía sus cositas de oro, una cadenita, sus tenis, era una niña (...) Les decimos que nos

sentimos orgullosas de haberlos encontrado y que ya se vayan a descansar que ya van a encontrar paz... ya sientes que ese cuerpo ya no va a estar sufriendo ahí».

Mirna Medina, mamá de Roberto.

¿Me ayudarás a levantar el cadáver? Pide Antígona a su hermana Ismena, en la tragedia homónima de Sófocles, al referirse al cuerpo del hermano de ambas que está insepulto en las afueras de la ciudad. Porque recuperar a los muertos es un trabajo que no debe hacerse en soledad. Quien busca, quien recupera, quien nombra, necesita hacerlo acompañada<sup>1</sup> para compartir el caminar, el cansancio, el sinsentido, la duda, el dolor, el miedo, el silencio, la incapacidad de nombrar, la experiencia, la técnica, la intuición. Nadie nace sabiendo encontrar una tumba. Menos habitar esa tumba. En México, la búsqueda de personas desaparecidas se ha logrado gracias a una circulación de conocimiento que diluye las fronteras entre la experiencia empírica de un campesino y la ciencia de una académica; entre la intuición de una madre y la técnica de un perito.

«Esos huesos hablan y nos transmiten el poder ser encontrados. Ya no quieren seguir en el anonimato, en ese agujero frío, donde lo último que sintieron fue miedo. Estoy segura que mi hija en el momento que se vio amenazada dijo “mi mamá”... Aquí estamos para regresarlos a casa».

Araceli Salcedo, mamá de Rubí, busca en Veracruz.

Desenterrarles, nombrarles, hablarles, es devolverles todo eso que les fue arrebatado en el secuestro, en el despojo, en la tortura, en la muerte, en la desaparición. Es devolverles los ojos y los oídos a ellos, ellos de quienes también habla Zurita, cuando dice que en estos poemas nadie ve y nadie escucha.

### ¿Cómo se acomoda la verdad?

---

<sup>1</sup> Así como la búsqueda de cuerpos necesita hacerse acompañada, también el proceso de escuchar, contar esta búsqueda requiere esa compañía. En mi caso, la cercanía de muchas compañeras periodistas, poetas, académicas, artistas ha sido indispensable para continuar con este trabajo. En particular a esta reflexión llegué con Marina Azahua cuando compartimos trabajo de campo y escribimos el texto «¿Me ayudarás a levantar su cuerpo? » dentro del libro « Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra » (Grijalbo 2020)

Hay una escena de la guerra de Troya en que troyanos y aqueos pelean por el cuerpo de Cebriones. Fénix es testigo de la batalla y esto es lo que él, desde la muerte, relata:

«Yo moriría dos años después, durante el viaje en que intentaba regresar a casa desde Troya. Fue Neoptólemo quien prendió fuego a mi cadáver. Era el hijo de Aquiles. Ahora mis huesos reposan en una tierra de la que no sé ni siquiera su nombre. Tal vez es justo que las cosas hayan terminado de esta manera. Lo cierto es que no habría conseguido regresar verdaderamente de todo aquello, de aquella guerra, de aquella sangre y de la muerte».

Homero, *La Ilíada*

Juan tiene 27 años y estuvo desaparecido durante tres semanas. Lo sacaron de su trabajo como policía en un pueblo de Michoacán, en el centro de México. Lo amarraron. Lo golpearon hasta el desmayo. Lo tiraron pensándolo, quizá, muerto. Sus compañeros lo encontraron en un monte. Estaba agonizante, lleno de vómito y excremento. Estaba ciego.

Durante un año su mamá ha intentado traerlo de vuelta a casa.

Volverlo de ese lugar.

«Mi hijo es otro hombre, ya no lo conozco, ya no sé quién es, lo perdí. Está dañado totalmente. Algo se murió, algo se murió dentro de él. Yo siempre crecí pensando que el hombre es fuerte, que la fuerza de la humanidad viene del hombre, eso creemos. Creo que en su alma algo se murió, que su muerte, no solo física de esos días, sino que a partir del tiempo que ha pasado, él se quedó ahí, ya no evolucionó, ya no volvió. Ya no estamos conectados, su abrazo lo siento frío. Algo se murió ahí. Nosotros los conocimos de una forma, y es que, bueno, tampoco es para menos porque lo que vivieron. Ya nunca abre la ventana de su cuarto, tiene un colchón pegado a la ventana por si llegan balazos. Ya no lo voy a recuperar porque a él lo dañaron. A él ya no le importa morir porque ya se murió una vez».

María, mamá de Juan.

«¿Qué derecho tenemos a desear que estén vivos si están viviendo ese horror?», le pregunto a María. Ella responde: «¿Qué derecho tenemos a desear que vivan si están viviendo un infierno? ¿Qué derecho tenemos a pedirlo? Yo digo que nuestro derecho es nuestro amor».

Marta Dillon es escritora argentina. Su madre fue desaparecida por la dictadura de ese país y muchos años después sus restos fueron encontrados e identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense. En su libro *Aparecida*, donde narra el proceso de

búsqueda y de encuentro con su madre, Marta escribió: «Huesos descarnados sin nada que sostener, ni un dolor que albergar (...) Como si me debieran un abrazo. No quería saber lo que le había pasado, para qué revivir esa parte. Los huesos no me trajeron alivio. Me trajeron un montón de preguntas, un dolor de muertes reciente (...) Yo ya había aprendido a convivir con la presencia constante de la ausencia sin nombre cuando mamá se convirtió en una aparecida».

¿Cómo se asume una verdad? ¿Cómo se acomoda la evidencia de esa verdad que es, también, la evidencia del horror? ¿En qué parte del cuerpo cabe eso?

La llamada de Gabino entró cuando yo iba en el tren, iba a Sinaloa a buscar un trabajo. En mi corazón dije: «Mi hermano». Sentí que me faltaba el aire, me sentía mal y a la vez como una paz.

Mi hermano había desaparecido ocho años antes, fuimos a denunciar y nos pidieron ADN de mi mamá y mi papá, para que sea correcto, pero mi papá nunca quiso ir y mi mamá por miedo se negó. Al final fui yo quien dio la sangre. Y salió positivo. Lo encontraron. Cuando Gabino me empezó a explicar me sentía sorda, escuchaba sus voces lejos, lo primero que pensé fue en mi madre, «¿cómo le voy a decir?». Gabino y las compañeras del Centro de Derechos Humanos de las Mujeres en Chihuahua<sup>2</sup> fueron mis maestras en esta búsqueda.

A mi hermano lo encontraron a los 15 días de que falleciera. Lo encontró un ejidatario de ese rancho, estaba buscando vacas y encontró los restos quemados; a mi hermano lo quemaron, no sé si vivo o si ya muerto. Me entregaron cinco, seis pedazos de huesos. De mi hermano. Yo los vi cuando los sacaron de la bolsa. Los sacaron de la fosa, del panteón, pero no me dejaron tocarlos. Todos traían sus guantes, su cubrebocas. Yo siempre dije, aunque fuera una uña, quiero darle un abrazo, no le tenía asco al hueso. A lo mejor todos ellos con cubrebocas y guantes, pero yo no. Era mi sangre, mi hermanito.

Fue lo más difícil de mi vida, las capillas de la funeraria llenas, familias enteras. En mi capilla, yo sola, el ataúd solo. Yo sabía lo que tenía ese ataúd. Ese ataúd tenía cinco huesitos de mi hermano. Luego llegó mi mamá, luego me acompañaron otras compañeras de mamás de desaparecidos. Un hermano de mi madre comentó «a lo mejor hay hasta huesos de vaca ahí». Yo no dije nada, yo me reservo, mi dolor es mío.

Ya pasó un año que me lo dieron, voy muy seguido al panteón. Me siento tranquila porque platico con él, sé donde está y si quiero reírme, bailar... Me refugio en él, es lo único que tengo. «Ya llegué, hermano, vengo de latosa a platicar contigo». Antes mi hermano era una angustia, ahora es un refugio.

Antes lo soñaba mucho en los arroyos y siempre de espaldas y le gritaba «hermano, hermano» y no volteaba. Y ahora cuando lo sueño, lo sueño riéndose y diciéndome «ya, tranquila hermana», y ahora sí lo veo, logro verlo sonriendo. Y yo siento que le cumplí mi promesa, de que lo iba a encontrar.

---

<sup>2</sup> El Centro de Derechos Humanos de las Mujeres en Chihuahua acompaña a familiares de personas desaparecidas, fue este centro el que logró la identificación del hermano de Carolina Astorga.

Pero la verdad a veces duele mucho, no es como un cree que la verdad da paz. Antes hacíamos fogatas, porque soy de rancho. Hacíamos fogatas, quemábamos llantas, jugábamos con la lumbre, ahorita no quiero ni cocinar. Enciendo la estufa, me salta el aceite y pienso en él, imagino qué le hicieron, si él estaba vivo, si ya no... Ahorita no puedo guisar una carne molida con papitas, picadillo, no puedo. Me da miedo.

Carolina Astorga, hermana de Roberto, buscó en Chihuahua, Chihuahua.

¿Cómo hablar del fuego ahora, cómo habitar estos paisajes?